

Biblioteca-Films

NUM.
371

SANGRE EN LA SELVA

25
CTS.



JACK
HOLT

DOROTHY
REVIER

Irma

HARRISON 5-10-31



MAYO, Archie

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbrá, 16

B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES

AÑO VII

Núm. 371

Vengance, 1930

SANGRE EN LA SELVA

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el gran artista de la pantalla

JACK HOLT

Exclusivas RENAISSANCE FILMS

Calle Aragón, 219

Barcelona

REPARTO:

Carlos Maudhen. JACK HOLT
Virginia Morgan. DOROTHY REVER
Alfredo Morgan. Jim V. Hansel

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

En las oficinas madereras de Nueva York se hallaban reunidos los que formaban el Consejo directivo de la misma y discutían la última carta recibida del representante de la Compañía en Africa. Era la segunda carta que se recibía en el mismo sentido y cuyo texto decía así:

“Muy señores míos. Ya ha cumplido el plazo señalado por ustedes para mandarme el sustituto, y por segunda vez ha llegado a esta el barco anual, sin que mi relevo se presente. La vida en esta selva africana no es tan fácil, ni mucho menos, por lo que espero que en el próximo barco venga la persona que ha de relevarme.

De ustedes afectísimo,

Carlos Maudhen.”

El presidente del Consejo directivo, después de dar conocimiento a sus compañeros

de aquella carta, explicó las causas por las que no había enviado el sustituto, diciendo:

—He buscado inútilmente un hombre que pudiese ir a nuestras posesiones de Africa, y hasta ahora no he encontrado ninguno. Maudhen es hombre fuerte, vigoroso, joven y decidido, el único capaz de afrontar el riguroso clima de allí y que hasta ahora ha sabido captarse las simpatías de los habitantes de aquellas selvas, que como saben ustedes, están en un estado medio salvaje.

La insistencia de Carlos nos obliga a tomar una determinación.

Uno de los reunidos, el más joven de todos, mientras que el presidente explicaba todo lo anterior, sonreía maliciosamente, hasta que finalmente exclamó:

—Me parece que lo que es ese Carlos, es un petulante de marca mayor. No veo por qué ese deseo de salir de la selva. Allí está también el doctor Markin y su otro compañero Barnus. Ninguno de los dos se queja en esa forma.

—Es que estos dos todavía no han cumplido el tiempo señalado por la Compañía. Además, hay que tener en cuenta que el que tiene que estar más en contacto con los habitantes de allí es Carlos.

—Pues si no encuentra a nadie que quiera ir—respondió el que primeramente había

replicado al presidente—, cuente con mi concurso para ir a Africa.

—¿Pero usted sabe lo que dice?—preguntó el presidente—. Usted no conoce “aquello”, es el mismo infierno puesto a flote de tierra. El calor allí es insoportable y por otro lado la fiebre amenaza continuamente la vida de los que allí están.

—No obstante, tiene usted mi palabra e iré en cuanto me lo indique—volvió a decir su compañero de dirección.

Era éste Alfred Morgan, un individuo que, criado en un ambiente de lujo y de opulencia, jamás había conocido los amargores de la vida. Su petulancia le hacía creerse superior a todos los demás y estaba convencido de que la obligación de todo el que se hallaba bajo sus órdenes era el de obedecer, sin protesta alguna, aun cuando la orden fuese de las más absurdas.

El presidente, no obstante la decisión que mostraba Alfred, quiso hacerle comprender que era una locura lo que se proponía, y volvió a decirle.

—Piense usted, querido Morgan, que está casado y que su esposa, criada en el ambiente de una gran ciudad, echaría de menos todas las comodidades que ésta ofrece y además que su salida podría resentirse grandemente.

Morgan se encogió de hombros, como indi-



Carlos Maudhem

cando que tampoco aquello le importaba, y respondió:

—Mi esposa hará lo que le ordene.

—Pero yo le aconsejo que la deje aquí.

—Nada de eso. Una mujer joven, bonita y sola en una gran ciudad, no se debe dejar nunca. Iremos los dos. Es cosa decidida y pido al Consejo un voto de confianza para realizar mi misión en Africa.

6

Quedó acordado el nombramiento de Alfredo Morgan para sustituir a Carlos, y en aquel mismo instante se comunicó a Maudhen la noticia.

En Africa, tal como había dicho el presidente, la vida resultaba imposible. Los tres únicos seres civilizados que habitaban aquellas misteriosas selvas eran los empleados de la Compañía maderera, y cada uno de ellos contaban las horas del día con el ansia de verse pronto libres de aquel infierno.

Carlos Maudhen era, según la descripción que de él había hecho el presidente, un muchacho decidido, de una gran voluntad y nobleza, que había conseguido atraerse la simpatía, no solamente del doctor y de su otro compañero, sino también de los salvajes, que jamás habían probado la fuerza de su látigo. Tratándoles con cariño, como si fueran niños pequeños, Carlos conseguía de ellos cuanto quería y habían llegado a tenerle tal respeto y sumisión, que muchas veces sus compañeros le dijeron, bromeando:

—Usted hace mal en irse de aquí, Carlos.

—¿Por qué?—preguntó éste.

—Porque, si usted quisiera, podría erigirse en rey de estos salvajes.

—Muchas gracias—respondió Carlos, siguiendo la broma—, prefiero verme goberna-

7

do por un blanco a gobernar yo a millones de negros.

Y los días pasaban, con esa monotonía propia de los países tropicales y el sol seguía ardiendo en el horizonte, mientras que sus rayos quemaban los rostros de los tres europeos, cuya choza no era suficiente para preservarlos de los ardores del clima.

Ya estan a la venta

La Colección de tarjetas postales
que usted deseaba:

LOS DIEZ MÁS SUGESTIVOS BESOS POR
LOS ARTISTAS MÁS SIMPÁTICOS

Colecciones de 10 postales 2 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.

SEGUNDA PARTE

Por fin, un día, la desesperación de Carlos tuvo término. Se recibió una carta de la Compañía dándole cuenta de que su relevo estaba ya en camino, y Maudhen, sin poder contener su júbilo, leyó la noticia a sus otros dos compañeros, diciéndoles:

—Por fin la Compañía se ha acordado de mí. Aquí tengo la orden de relevo. Por cierto que este Alfredo Morgan viene acompañado de su esposa.

—¿De su esposa?—preguntaron los dos con extrañeza.

—Eso dice la carta. Supongo qué mujer será. Vieja, fea, delgaducha... una sufragista en toda la palabra. De otro modo no se concibe que se atreviese ningún hombre a traer a estas selvas a una mujer.

—Muy loco se debe estar para ello—respondió el doctor—, o muy poco se la debe querer.

—Sea como sea—terminó diciendo Carlos,

a la vez que se servía un poco de aguardiente con agua—lo principal es que yo me voy.

Los dos compañeros lo miraron casi con rencor, con el rencor propio de la envidia, al pensar que dentro de unos días aquel hombre volvería nuevamente a la vida, a aquella vida de la que ellos se hallaban alejados y por la que tanto suspiraban.

Al día siguiente Carlos se marchó a dormir, y el doctor le advirtió.

—¿No espera usted la llegada de su sustituto?

—Saldré a esperarle cuando llegue. Ustedes me harán el favor de llamarme; estoy rendido después de la jornada de hoy.

—Descanse usted—respondió el doctor—, es lo mejor. Ya nos encargaremos nosotros de advertirle cuando llegue.

Se fué Carlos, y una hora después, sobre dos sillas toscas, hechas de árboles y a hombros de varios naturales, llegaron Alfredo Morgan y su esposa Virginia. Muy por el contrario de lo que había dicho Carlos, Virginia era una muchacha deliciosa. Joven, de una belleza verdaderamente rara y atractiva, inspiraba desde el primer momento un sentimiento de verdadera simpatía. Sin embargo, en su mirada había algo que hacía pensar. Dominada por completo por su esposo, parecía que al oír la voz de éste todo

su cuerpo se agitaba como el de una palmera azotada por el vendaval.

Los mismos indígenas corrieron a dar cuenta de la llegada de los blancos a los que vivían en la choza, y el doctor y Barnus corrieron a dar la bienvenida a los recién llegados.

En la misma puerta de la choza, los negros depositaron las sillas en donde venían Morgan y su esposa, y ésto por todo saludo se dirige al doctor y le pregunta:

—¿Pero aquí hace siempre este calor?

—No, señor—respondió el doctor—; suele hacer mucho más.

Virginia se adelantó a ellos y les ofreció gentilmente su manita, mientras que el doctor miraba intencionadamente a Barnus, como dándole a entender la equivocación de Carlos.

Alfredo, siempre en tono autoritario, volvió a decirles:

—¿Dónde está el representante de la Compañía?... Parece que se apresura muy poco en venir a saludar a su sustituto.

—No es culpa suya—respondió el doctor.—Nos dijo que le avisáramos y se nos ha olvidado. Vino rendido de una jornada por la selva y se acostó a descansar.

—¿Era de la jornada de lo que estaba cansado, o de alguna borrachera?—preguntó



Me sorprende que haya traído a su señora

Alfredo, dejando entrever la irascibilidad de su carácter.

—No suelo mentir, señor—respondió, ofendido, el doctor.

Alfredo echó a andar hacia el interior de la choza, mientras que su esposa quiso disculparlo, diciendo al doctor y a Barnus:

—Perdónenle ustedes. Sin duda el calor de la selva le hace ser así.

—¿Cómo no perdonarle si es usted el que intercede por él?—respondió sonriendo el doctor—. Voy a llamar a Carlos.

Mientras que los dos esposos se lavaban en el interior de la choza, el doctor entró a un departamento contiguo y llamando a Carlos le dijo:

—¡Eh, amigo, que ya ha llegado su sustituto y su esposa!

—¿Ella será una de esas mujeres que le dije antes ,verdad?—preguntó Carlos.

—Mucho más de lo que usted se piensa—respondió el doctor.

Carlos se apresuró a salir en camisa a donde esperaban los esposos y al ver a la joven quedó sorprendido por su belleza. Alfredo pareció notar aquel acto y exclamó:

—Parece que se sorprende usted de que le haya llegado el momento de marchar.

—Lo que me sorprende—le respondió Carlos, sin dejarse intimidar por el tono de Alfredo—es que haya usted traído aquí a su esposa.

—Ese es un asunto que a usted no le importa nada—exclamó Alfredo—. Puede usted, por lo tanto dejar de hacer ningún comentario.

Pero a pesar de que Carlos no quiso seguir hablando de aquel asunto, Virginio no pudo menos que sentir una profunda simpatía por aquel hombre, que sin conocerla se interesaba de tal forma por él.

Aquella noche volvieron a reunirse los an-

tiguos compañeros, y el doctor le dijo a Carlos:

—Me parece que ha hecho usted mal en decirle a su sustituto lo de esta tarde.

—Dije lo que sentía. ¿Alguno de ustedes se habría traído aquí a su esposa?

Los dos respondieron negativamente, y Barnus siguió diciendo:

—Verdaderamente, este Morgan no es nada simpático. Se cree el jefe de todos y su absolutismo tal vez le cueste algún disgusto entre los naturales de aquí.

La presencia de los dos esposos acalló los comentarios, y Carlos, sin poder separar la vista del lindo rostro de Virginia, hacia esfuerzos extraordinarios para ocultar su emoción. También ella, de cuando en cuando, dirigía la mirada hacia el joven, y sus ojos parecían acariciar amorosamente a aquel hombre.

Su esposo, siempre quejándose del calor, fué pidiendo algunos de los fiambres que había sobre la mesa, pero apenas los tocaba, los dejaba, diciendo:

—Aquí todo está lleno de arena. ¿Acaso se alimentan ustedes con arena?

—Es el aire del desierto, que a veces suele levantar grandes tempestades—respondió el doctor.

—¿Quiere usted darme la mantequilla?—volvió a pedirle Alfredo.

El doctor le entregó lo que pedía, y otra vez se quejó Alfredo, diciendo:

—También está llena de arena. Nada, está visto que a fuerza de vivir con los naturales de aquí, se han convertido ustedes como ellos.

—Carlos no pudo contenerse, y exclamó indignado:

—¡Si pensaba usted encontrar aquí las comodidades de un hotel, ha hecho mal en venir. Desde que llegó no hace otra cosa que quejarse. Yo pedí a la Dirección un hombre que me sustituyese, no un ser que se asusta el primer día de haber llegado.

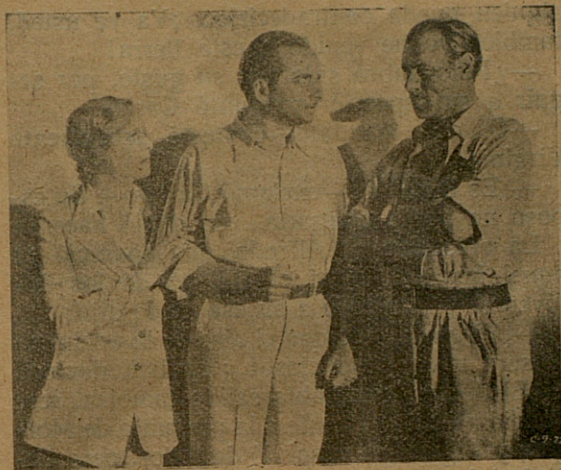
—Yo le demostraré a usted que tengo valor suficiente para abofetearle—exclamó iracundo Alfredo, levantándose de su asiento.

Los demás intervinieron y de esta forma impidieron que los dos hombres llegasen a las manos.

Carlos, sin querer continuar por más tiempo en la mesa, se fué hacia la rústica terraza que ellos mismos habían hecho, y poco después sintió que sobre su hombro se posaba suavemente una mano. Volvió la cabeza y se encontró con Virginia, que le dijo:

—¿Ha venido usted aquí a tomar el fresco de la noche?

—He venido a eso—respondió amablemente Carlos—, y a estar fuera de su esposo, me es insoportable.



—El aire de la noche no le será beneficioso

Virginia bajó la cabeza y suspiró tristemente. Carlos, creyendo que había dicho una inconveniencia, se apresuró a decirle:

—Discúlpeme, señora. Tal vez los dos años que llevo aquí me han hecho olvidar las buenas formas y me he expresado con demasiada crueldad.

—No tiene usted por qué disculparse—respondió Virginia—. El carácter de mi esposo le disculpa plenamente. Acostumbrado a mandar, no puede hacerse a la idea de que

alguien pueda contradecirle... ¡Ya ve usted, también yo he venido a esta tierra!

—¿Pero habrá sido por su gusto, por seguir a su esposo?—preguntó Carlos.

—O por mandato—contestó tristemente Virginia.

—¡Es inaudito!—exclamó Carlos—. Su esposo no podía obligarla... no debió hacerlo.

La presencia de Alfredo, que apareció en aquel instante, cortó el diálogo de los dos jóvenes, y llamando a su esposa le dijo:

—¡Virginia, creo que el aire de la noche no te será nada beneficioso! ¿Verdad, doctor?

El doctor, que había salido también, respondió afirmativamente a la pregunta de Morgan, y Virginia se despidió de todos, pero dedicándole una mirada expresiva a Carlos.

—¡Qué hombre más antipático!—exclamó el doctor, cuando se hubo alejado Morgan—. Me parece que haremos muy mala pareja.

—¿Querrá usted decir terceto, doctor?—exclamó Barnus—. Yo, por mi parte, sólo pienso dirigirle las palabras necesarias.

—Y yo—siguió diciendo el médico—. Si no fuera nuestro jefe, desde mañana, ni el saludo siquiera le dirigiría. Además, hay que ver, cómo bebe. ¡Parece un pozo donde se entierra el aguardiente!

TERCERA PARTE

Al día siguiente, Alfredo se hizo cargo de la factoría, y desde los primeros instantes los trabajadores indígenas se dieron cuenta de que habían cambiado de jefe. Alfredo no hacía más que instarles a que trabajaran, amenazándoles constantemente con el látigo.

Virginia, al día siguiente, como era de prever, había amanecido con una fuerte fiebre, y el doctor fué el que dió la noticia a Carlos, diciéndole:

—Me parece que esa muchacha no vivirá mucho tiempo aquí?

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó Carlos.

—Tiene una fuerte fiebre, y a pesar de que le he rogado e instado para que no se deje dominar por ella, persiste a continuar en la cama.

Carlos, sin decir nada, entró en la habitación de Virginia, quien al verlo exclamó, sorprendida:

—¿Con qué derecho entra usted en mi habitación?

—Vengo para decirle que se levante usted. Si se deja dominar por la fiebre, es usted cosa perdida. Haga lo que el doctor y yo le recomendamos.

—Gracias por su deseo—respondió débilmente Virginia—; pero prefiero estar en cama. Me encuentro sin fuerzas para levantarme.

—Pues no me iré de aquí hasta que usted me haya prometido formalmente que se levantará.

—¿Y si viene mi esposo?

—No creo que se oponga a mi orden. Piense que lo que le digo es por su bien.

—Bueno—terminó diciendo Virginia—, le prometo formalmente que me levantaré.

Cuando ya iba a salir Carlos, se presentó Alfredo, y al verlo allí, exclamó:

—¿Puede usted decirme qué es lo que hace en la habitación de mi esposa?

—Sencillamente, lo que usted debería haber hecho: recomendarle que se levantara y no se dejara vencer por la fiebre.

—Ya le he dicho, y vuelvo a repetírselo, que si no quiere usted tener que sufrir ningún desagradable contratiempo, que deje en paz a mi esposa.

Carlos ya había conseguido lo que deseaba y no quiso seguir discutiendo. Salió de la habitación y Virginia se encaró con su esposo, diciéndole:

—¡Eres injusto con todo el mundo, Alfredo!

—¿Crees acaso que no he advertido que ese hombre te pretende?—respondió Alfredo.

—No es verdad—respondió Virginia—. Sus palabras son de profundo respeto y únicamente hace suplir tu falta de consideración hacia mí... ¿Crees acaso que es justo el haberme traído aquí?

—Yo no sabía lo que era esto—respondió su marido—. Además, que no te iba a dejar sola en Nueva York, para que campases a tus respetos.

—Te ruego—le respondió indignada su esposa—que medites más tus palabras y me tengas el respeto que merezco. La culpa la he tenido yo, por obedecer todas tus órdenes sin contradecirte jamás.

—¿Qué recurso te quedaba? Ya sabes que me gusta ser obedecido sin replicar. No hiciste otra cosa que lo que debías.

—¡Eres más malo de lo que yo creía, Alfredo!—respondió casi llorando Virginia.

—Sí, el bueno, el cariñoso es el “otro”. ¿verdad?

—No comprendo lo que quieres decir...

—Que aquí el único bueno es Carlos... ¡Es tan amable!...

Y sin dar tiempo a que su esposa le contestase, salió de la habitación. Apenas llegó al comedor, Carlos se encaró con él y le dijo:

—Han venido a quejarse los naturales de aquí, diciendo que usted ha maltratado a un muchacho.

—Le he castigado únicamente—respondió Alfredo—. Robó una alfombrilla de aquí y le he dado unos cuantos latigazos.

—Pues le advierto que no es ese el camino para ganarse la voluntad de estos indígenas.

—¡Tampoco pretendo que me dé usted lecciones!—respondió Alfredo.

En aquel instante llegó hasta ellos el canto monótono de los indígenas y el sonido rezumbón de sus tambores. Carlos y sus dos antiguos compañeros comprendieron lo que aquello significaba. Los tres cambiaron una mirada de inteligencia, y Carlos exclamó:

—¡Es el canto de guerra!... ¡Mire usted lo que ha hecho!

—No les temo—respondió encogiéndose de hombros Alfredo—. Mientras tenga balas suficientes, siempre me creeré el más fuerte.

—Usted desconoce cuáles son sus armas, si no hablaría de otra forma—volvió a responder Carlos, a la vez que salía hacia donde estaban los indígenas.

CUARTA PARTE

En una plazoleta formada por varios árboles, los indígenas se hallaban reunidos y tocando y cantando su himno de guerra. Carlos se acercó a ellos, como si no supiese nada, y preguntó a su jefe:

—¿Qué os sucede?... ¿Quién os ha ofendido?

—Ese blanco que llegó ayer—respondió el jefe—ha maltratado a este muchacho.

Y le enseñó a la pobre criatura, en cuyas espaldas ensangrentadas se hallaban marcadas las huellas del látigo de Morgan.

—Algo habrá hecho él—le contestó Carlos.

—Ha robado una alfombrilla—le dijeron los indígenas—. Si se nos hubiese quejado, nosotros hubiéramos castigado al muchacho en razón con la cuantía del robo.

Carlos se acercó al negrito, y acariciándole amigablemente le dijo:

—No debes robar. Eso es un vicio que puede costarte caro, y para que no lo hagas otra vez, te regalo la alfombrilla que querías.

El muchacho se echó al suelo besando los pies de Carlos, y éste le dijo:

—¿Estás ya contento?

—Sí, mi amo—respondió el negrito.

Entonces Carlos se dirigió a los demás jefes y les dijo:

—Puesto que el muchacho se da ya por vengado, yo os pido que no sigáis pidiendo la guerra.

Y como siempre solía suceder, la intervención de Carlos aplacó los ánimos y el incidente pasó por aquella vez.

El único que no cejó en su deseo de venganza fué el viejo adivino. Era éste un hombre en quien los salvajes creían ver un enviado de los dioses, por los prodigios de su ciencia, que consistía en envenenar las flechas que luego ellos lanzaban, por medio de un canuto, soplando por la extremidad opuesta.

Carlos se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué haces tú ahí?

—Preparo mis medicamentos—respondió el adivino.

—Ya te he dicho que no quiero verte más por aquí—respondió Carlos, dando un puntapie a la vasija donde preparaba el veneno.

El adivino le dirigió una mirada de profundo odio y se alejó de aquel lugar.

Virginia se había enterado por los demás de lo que ocurría y esperaba ansiosamente



¿Quién os ha ofendido?

la vuelta de Carlos. Cuando éste apareció todos se dirigieron a él y le preguntaron:

—¿Los ha convencido?

—Por esta vez el peligro no existe—respondió Carlos—. Pero le prevengo a este señor—y señaló a Alfredo—que sea más comedido. Con los salvajes no se puede jugar.

—Yo haré siempre lo que me dé la gana—respondió Alfredo—. Además, usted se marcha mañana y puede estar ya tranquilo, que nada le pasará.

Carlos comprendió el tono despectivo con que le hablaba, pero no quiso hacer caso y se fué nuevamente afuera.

Durante todo el día Alfredo no dejó de beber, y cuando llegó la noche, completamente embriagado, se acostó en la cama que había al lado de la de su esposa, sin tener en cuenta que estaban en plena y que tal vez pudiera ella necesitar su auxilio.

A pesar de que parecía que el peligro había pasado, había, sin embargo, un hombre que no le perdonaba, y era el hermano del muchacho maltratado. Provisto de una flecha se acercó aquella noche a la ventana de la habitación de los dos esposos. Antes que pudiera llevar a cabo sus prpósitos, Virginia lo vió, gracias a la luz de la luna, y gritó asustada, haciendo que el indígena huyese. Corrió al lecho donde descansaba su marido y lo llamó repetidamente. Se dió cuenta del estado de embriaguez en que se encontraba y el desprecio que siempre le había inspirado aquel hombre se acentuó aún más en ella, haciendo la comparación entre Alfredo y Carlos. El miedo de que se hallaba poseía la hizo correr en busca de Carlos y decirle:

—Mi marido está borracho y he visto asomarse a nuestra habitación a un indígena. No me abandone usted.

Carlos, al tener cerca de él el cuerpo ado-



—No sigais pidiendo la guerra

rado de aquella mujer, sintió en su corazón latir con más fuerza el amor que desde el primer día le había inspirado, y sin poderse contener la estrechó fuertemente entre sus brazos, sin que ella por su parte opusiese la menor resistencia.

—Yo la defenderé contra todos—respondió Carlos—. Mientras yo esté aquí no tema nada.

—Pero usted se va mañana—exclamó tris-

temente Virginia—. ¿Qué será de mí cuando usted no esté?

—Lleva usted razón—respondió Carlos—. Deseaba mucho que llegase el momento de mi partida, pero ahora, después de haberla conocido, me siento triste al marchar y dejarla a usted.

—¿Por qué no me lleva?—respondió ella.— Sáqueme de aquí. ¡Yo me moriré de miedo y de pena al verme entre esta gente.

—¿Se atrevería usted a huir conmigo?—preguntó Carlos.

—Haré cuanto usted me diga.

—Pues esté preparada. Mañana huiremos de aquí—terminó diciendo Carlos.

Por primera vez los labios de Virginia supieron de la caricia de un beso de un hombre que no fuese su marido.

QUINTA PARTE

A la mañana siguiente todo estaba preparado para la marcha de Carlos. El doctor y Barnus mostraban claramente el disgusto que les producía el verse privados de la presencia de aquel buen amigo, y Carlos procuró consolarlos diciéndoles:

—Pronto os llegará el turno a vosotros.

—Pero entre tanto—respondió el doctor— tendremos que convivir con ese Morgan de los diablos... ¡Pobre muchacha, cuánto le queda por sufrir!

—No tanto como creéis—exclamó confidencialmente Carlos. Y acercándose más a ellos para no ser oído por nadie, les dijo—: Os voy a confiar un secreto, porque sé que son ustedes unos buenos amigos. Virginia se escapará conmigo. Para facilitar nuestra fuga, mientras nosotros nos alejamos, procuren ustedes distraer a Morgan para que no entre en la habitación de su esposa.

—Así lo haremos—respondieron los dos.

Poco después salió Morgan, y al ver a Carlos le dijo sorprendido:

—¡Cree que ya habría usted marchado?

—Esperaba despedirme de ustedes solamente.

—Pues dese por despedido—respondió secamente Morgan— Mi esposa se encuentra bastante mal y “no quiero” que la moleste.

Sin estrecharse las manos siquiera se alejó Carlos, mientras que el doctor y Barnus se encargaron de entretener a Morgan, ofreciéndole bebida y hablando animadamente con él.

Carlos, aprovechando aquel momento, entró por la ventana a la habitación de Virginia, y le dijo:

—Ya ha llegado la hora. ¿Está preparada?

Virginia contestó afirmativamente, y Carlos, al negrito que servía de criado, le dijo:

—Cierra bien esa puerta y haz ruido para que se crean que está aquí la señora.

—Está bien, amito—respondió humildemente el negro, haciendo lo que se le ordenaba.

Por fin los dos jóvenes se vieron camino del puerto de salvación, donde dentro de pocos días debería partir un barco con rumbo a América, y mientras ellos iban hacia el mundo civilizado, Morgan, plenamente borracho, pretendía entrar en la habitación de su esposa. Llamó varias veces, y al ver que no obtenía contestación, tomó una silla y de un

golpe echó por tierra la débil puerta que lo separaba de la alcoba de Virginia. Al ver que ésta había desaparecido, todo su furor lo pagó con el negrito, quien al verse castigado pretendió huir por la ventana, mas antes de que lograra su propósito, Morgan disparó su pistola, hiriéndole de muerte.

Barnus y el doctor comprendieron inmediatamente las graves consecuencias que para ellos podría tener aquel acto de Morgan, y corrieron para ver de alcanzar a Carlos, quien únicamente sería capaz de detener la furia de aquellos indígenas.

Mientras tanto, Morgan se había hecho fuerte en la choza y con su pistola sostenía a los indígenas que pretendían entrar. Delante de la choza aparecían ya varios cadáveres hechos por los disparos de Morgan, cuando uno de los negros, arrastrándose sigilosamente, se acercó a la puerta y sopló el canuto donde llevaba una de las flechas envenenadas que preparaba el adivino. El efecto fué instantáneo. Apenas recibió la herida, sintió Morgan que las fuerzas se le debilitaban, perdió la vista y cayó al suelo pesadamente.

Ya iban los indígenas a entrar al saqueo en la choza, cuando se presentó Carlos, avisado por sus compañeros. Los indígenas, al verle, depusieron un tanto su actitud, y Carlos, para tranquilizarlo les dijo:

—¡Amigos, yo os prometo castigar al mal-rado! ¡Me quedaré entre vosotros, hasta que venga otro blanco que os quiera como yo!

Los salvajes, ante las palabras de Carlos, callaron, sin atreverse a protestar. La influencia que siempre había ejercido sobre ellos, se hacía sentir nuevamente, y Carlos, seguido de Virginia y de sus dos compañeros, entraron a la choza, donde encontraron agonizando a Morgan.

Este al ver a su esposa, le hizo una seña para que se acercase, y le dijo:

—Perdóname, Virginia. Me he portado contigo muy mal. Comprendo que quisieras rehacer tu vida al lado de un hombre noble como es Carlos.

Y dirigiéndose a éste le ofreció su mano, diciéndole, en palabras que cortaban los estertores de la muerte:

—También... quiero que usted... me perdone... ¡Qué sean ustedes muy felices!

Y por primera vez hubo sangre en la selva, en aquella selva virgen donde los hombres blancos y los indígenas se habían llevado amigablemente.

Al día siguiente Carlos comunicaba la noticia del fallecimiento de Alfredo Morgan a la Dirección de la Compañía, y les decía:

...“Ahora no me corre prisa el envío del sustituto, pero quiero que cuando lo hagan ustedes, venga un hombre solo, es lo mejor.”

—¿Por qué pones eso?—preguntó Virginia, que leía por encima del hombro lo que escribía Carlos.

—Porque no quiero que nadie sufra lo que yo he sufrido, hasta saber que me amabas. Sonrió ella agradecida y le ofreció sus brazos, en los que Carlos halló nuevamente la felicidad que había ganado a costa de tantos sacrificios.

Ya la selva tenía para él un encanto, el del amor de Virginia, que sabría esperar tranquilamente el regreso al mundo civilizado, donde un sacerdote bendeciría su unión con Carlos.

F I N

¿Quiere usted conocer la vida artística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS

(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno
Ramón Novarro
John Barrimore
John Gilbert
Fred Thomson
Lillian Gish
Charlot
Dolores del Rio
Adolfo Menjou
Janet Gaynor
Buster Keaton
Lon Chaney

**25 CÉNTIMOS
VOLUMEN**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

PUBLICACIONES DIVERSAS

30 céntimos ejemplar

Pasado, presente y porvenir
por las rayas de la mano
Lo que dicen las pantorrillas
La vuelta alrededor del mundo
del "Conde Zeppelin"
Como debe escribirse al ser adorado
Los de Gutierrez en la Exposición
El Perfecto Galante
Tenéis el cabello castaño?
Es usted rubia? Es usted rubio?

25 céntimos ejemplar

Verdadera interpretación de
los sueños
Chistes buenos
Chistes malos
Chistes y colmos
Cuenticos baturros

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis